

dar por otro lado, que el propio Bolívar escribió miles de cartas que hay que consultar con mucho cuidado ya que a veces no era muy exacto, quizá porque como él mismo afirmó «no hay nada más peligroso que la memoria escrita». A pesar de ello son cartas que, por otro lado, importan para saber lo que Bolívar pensaba y sentía sobre sí mismo.

Gabriel García Márquez se centra en los últimos días —catorce desventurados días— de la vida del Libertador. Márquez pues acota muy claramente el tiempo y el espacio que le interesa novelar y situará a Bolívar en el viaje final que realiza por el río Magdalena partiendo de Bogotá. Un viaje que servirá a Márquez para volver atrás y hacer algunas consideraciones sobre el pasado de uno de los hombres que más poder tuvo en sus manos. Es indudable que la novela del escritor colombiano da una imagen del General. Lo importante es que esta visión nos dará un perfil auténtico en el sentido histórico del término. Los agradecimientos finales del autor de *Cien años de soledad*, demuestran que Márquez ha seguido una documentación rigurosa, exhaustiva, original y abundantísima en la intrincada bibliografía bolivariana.

Parece ser que al Nobel no le interesaba la gloria de su personaje, sino su momento final, su soledad de enfermo, de derrotado, Bolívar odiado, más que nunca, por sus enemigos y arruinado. Márquez describirá casi a un muerto, desvalido y con el poder menguado a través de un viaje que parece no tener fin, un viaje lleno de dificultades que hacen más patética la figura de un Bolívar consciente de su vejez prematura.

Este hombre tan desganado de poder, cuando tanto lo amó, ambicionó, embriagó y utilizó a su capricho («no respetó la ley cuando le obstaculizaba» afirma Madariaga en su biografía) conmueve e impresiona. Decrépito, cansado, desengañado y con una sensación de inutilidad, de estar en el mundo de prestado, conservará tres rasgos en los que coinciden sus biógrafos: la lucidez, la dignidad y la misma disponibilidad para el mando en esos días finales. En 1822 ya afirmaba Bolívar: «Es la primera vez que no tengo nada que desear». A partir de aquí sus reflexiones se centrarán sobre todo, en la idea de la muerte y en la consciencia de que es casi un cadáver. Los escritos de esta época abundan en la idea del descanso, del reposo y transmiten el pensamiento desilusionado y escéptico del General, del Bolívar colombiano que por esas fechas luchaba por ser el Bolívar americano. Su última carta nos revela este profundo pesimismo y que Márquez nos transmite a través del lenguaje de la ficción: «América es ingobernable para nosotros. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar». Márquez nos da también breves pinceladas sobre el pasado del que fue Libertador de cinco naciones. Si hay que decir que Márquez parcializa mucho la información que posee sobre el personaje y que quizás ello contribuya a cierto falseamiento en el tratamiento biográfico. Es decir, ¿por qué el escritor colombiano sólo nos da referencias positivas y silencia aquellos aspectos más censurables del Libertador? Nada sabemos del egotismo, de la ambición, de la astucia, de la indiferencia ante el sufrimiento humano, del antiespañolismo, de la utilización del terror, de las prohibiciones —como la de las enseñanzas de Bentham— de los cambios de opiniones políticas del general. Estos silencios quizá mermen la figura de Bolívar y al describirle en su derrota de hombre desengañado, Márquez le salva definitivamente porque la derrota conmueve y acerca, mientras que el éxito y la victoria, no.

Estas pinceladas al pasado contribuyen a hacer más patética la figura de Bolívar y a potenciar la tremenda soledad de su días finales. El autor de *La hojarasca* nos informa de la desenfrenada lujuria de su padre, tanta, que, según cuentan los biógrafos, recibió cartas de amonestación de obispos; la influencia del racionalismo a través de su maestro Simón Rodríguez; su francmasonería; el deslumbramiento que le causa Napoleón; su pasión por Rousseau; sus desordenadas lecturas; su frenesí juvenil; su afición a las mujeres, al lujo y a la bebida; sus gastos millonarios; sus viajes a Europa; su fobia a los médicos; su afición a escribir; los atentados de los que se libró; su relación con Manuela Sanz; su intuición en la guerra...

Márquez se centra también en las personas que se mantuvieron fieles a Bolívar y que le acompañaron en todo momento. Hay que destacar la figura de José Palacios, su servidor, que padece en su piel el sufrimiento del General, y que sale también de las ciudades que antes acogieron a él y a su señor como un forajido. Es en Palacios en quien más se detiene Márquez quizá porque es la persona que más supo del General ya que toda su vida la hizo a su lado y aquél le confió sus más secretas confidencias. Será Palacios quien cuide y vigile al Dictador ocultándole aquello que le pudiera empeorar su estado de ánimo. Cómplice en todo y testigo de excepción de una gloria ahora «desbaratada que el viento de la muerte se llevaba en piltrafas» y un pasado del que sólo queda «la hedentina de los albañales abiertos», y de un hombre que de ser el más conocido de América, pasó a convertirse en su derrota en un extraño que no es reconocido por nadie.

Es el tratamiento dado a la figura de Santander lo que ha motivado discrepancias entre académicos e historiadores. Comentarios un poco exagerados ya que en primer lugar Márquez dedica a este personaje muy pocas líneas y éstas de pretexto; en segundo lugar porque Márquez constata algo que siempre ha parecido evidente: el poco carisma de Santander frente al imponente Bolívar; en tercer lugar que si Santander fue amigo del General, después fue su adversario y esto acarreó que el Libertador hablara mal de su competidor y en último lugar hay que decir que el Nobel no se excede y es muy parco en adjetivos contra Santander.

El espacio y ambiente acotados por el escritor colombiano contribuyen a crear esa atmósfera de decadencia y de muerte: el extremado frío y calor, las noches de agonía del general, su demencia e insomnio, la putrefacción de su cuerpo, la presencia constante de los gallinazos que presagian la muerte e imprimen una nota constante de fatalidad al relato, ciudades empobrecidas, ciénagas pestilentes... en definitiva una atmósfera desapacible y desasosegada como el alma del General.

Hay que tener en cuenta que la vida de Bolívar, héroe romántico lleno de excesos, ofrecía muchos ingredientes del gusto de García Márquez; la fuerza de Manuela Sanz, provocadora e indómita, que no duda en entrar en los cuarteles vestida con un uniforme de coronel; la afición a las hierbas de Palacios; la capacidad amatoria del General; los presagios, los curanderos, la figura del médico Hércules Gastelbondo... Pero también hay mucho de la nostalgia del propio Márquez que recorrió once veces los parajes del río Magdalena cuando era estudiante. Su vocación mítica no puede resistir a la historia de Bolívar, pero sobre todo a su decadencia. Márquez regresa al mito Bolívar apasionadamente, humanizándole en su derrota, en su final, en su acabamiento.

El ritmo sintáctico se inmoviliza como la vida del protagonista que en esta etapa no manifiesta ningún interés por la vida. Un hombre que quiso algo, que no nos dice el autor de *Crónica de una muerte anunciada*: el poder y un Estado controlado bajo su mando. Márquez tan preocupado siempre por la verosimilitud de las novelas —el mismo ha dicho: «el escritor tiene derecho a decir todo lo que quiera y siempre cuando lo haga creíble»— ha conseguido una historia verosímil en la que el ritmo, la cadencia del relato, la homogeneidad de las palabras no apartan al lector de la novela. La ausencia casi total de diálogo, contribuye a la evocación. El lenguaje minuciosamente trabajado desde la utilización de adjetivos y tacos, hasta la redacción en frases de longitud media, recrea una vez más la soledad y la muerte de un general en el laberinto de su utopía.

Milagros Sánchez Arnosi

## Cobo-Borda: la inteligencia festiva

Editado en 1986 por la Universidad Nacional de Colombia, *Letras de esta América*<sup>1</sup> es un libro que reúne ensayos, artículos y reseñas que el poeta Juan Gustavo Cobo-Borda publicara entre 1982 y 1986 en diversas revistas. No se crea que la naturaleza del libro responde al no poco común procedimiento de juntar lo ya publicado para justificar el tomo: la unidad de *Letras de esta América* radica en su dispersión aparente, en su capacidad de ofrecernos una argumentación donde el fichero se transparenta a fuerza de mostrarse, a veces hasta la impudicia. Pero a Cobo no le asiste el prurito de la erudición, es sí —aunque lo niegue en una de sus páginas— alguien preocupado por mantener su información al día. Con la soltura propia de quien no se pretende un pontificador dispuesto a sentar cátedra, Cobo traza un arco que va desde el cronista Fernández de Oviedo hasta el poeta Álvaro Mutis, pasando por Darío, Borges, Arciniegas, Paz, García Márquez y una larga lista de autores en cuyas obras se configura el espíritu diferencial del carácter hispanoamericano. En ese complejo arco el autor realiza una lectura con los elementos que le son más gratos: la pasión, la diversión,

<sup>1</sup> Cobo-Borda, Juan Gustavo. *Letras de esta América*, Colección popular de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1986.